

Desventuras de una familia triste

Garrido Robles

GARRIDO ROBLES



**DESVENTURAS DE UNA
FAMILIA TRISTE**

Capítulo 1

Siempre le he admirado, aunque nunca se lo he dicho. Porque somos así. Serios, duros, no nos andamos con ostias. Él sabe lo que pienso y yo sé lo que piensa, pero no lo decimos, porque sería extraño. Sería como si a un tío con el que vas a robar coches desde siempre, un buen día le dices: "macho, me encanta robar coches contigo". Es como cargarse el momento. Esos sentimentalismos absurdos pueden cargarse una relación.

¿Por qué le admiro? La verdad es que no lo sé. Siempre ha sido un referente para mí. Siempre quise tener su fuerza, sus agallas, su determinación, ese saber qué hacer tan suyo. Desde pequeño siempre fue el espejo en el que me miraba. Joder, al fin y al cabo es mi hermano mayor, ¿quién no admira a su hermano mayor? El caso es que todo lo hace bien. Nunca se pone nervioso, tiene hielo en las venas. Y es el mejor motorista que he visto en mi vida, ¡el mejor! Nunca he visto a nadie como él.

Sí, el mejor. Ese día dejó en ridículo a todos esos polis. Bailó con ellos. Él sabía que si lo atrapaban iría de cabeza a la cárcel, pero mantuvo la calma y les dio un repaso en las curvas de la costa, volando sobre su Triumph. No sé, ¿cuántos serían, ocho, diez? Diez policías, y nosotros sólo dos, y ni si quiera nos olieron.

El caso es que nunca se había caído. Y es extraño, porque se pasa la vida encima de una moto, y no va precisamente despacio. Tiene un maldito don, como si esa moto y él fueran uno. Os juro que si se pudiera hacer, se casaría con esa Triumph. Pero ese día se cayó. En el peor momento, en el peor lugar. Y no fue culpa suya, para nada. Un estúpido con un SUV, que iba delante de nosotros, paró en seco al ver los coches de policía, y mi hermano tuvo que frenar de golpe, sin tiempo de reaccionar, así que las ruedas de la moto se bloquearon. Íbamos tan rápido que fuimos derechos al suelo.

¿Alguna vez habéis tenido un accidente de moto? Cuando pruebas el asfalto una vez, no quieres volver a repetir. Como estábamos en pleno verano, llevábamos pantalones cortos y camisetas de básquet. Nos desollamos la maldita piel mientras rodábamos por la carretera, por culpa de un idiota sin suficiente carácter para responder ante una situación de tensión. ¿A quién se le ocurre parar de golpe? Si vas conduciendo, y de repente ves cinco coches de policía, montando el espectáculo con las sirenas puestas, te apartas o reduces la velocidad, pero no paras de golpe. Podías haber matado a alguien, joder.

Os preguntaréis porqué seguimos la fuga a pie, heridos como estábamos. ¿Habéis estado alguna vez en las costas del Garraf? Es una carretera de curvas, a lo largo de unos diez quilómetros, flanqueada por una montaña a un lado y un acantilado, que en algunos sitios medirá más de treinta metros, al otro. Mi hermano y yo pudimos agarrarnos a un pequeño árbol, cuando estábamos a punto de caer por el precipicio. Bueno, yo más que agarrarme, me estrellé contra él. Pero la moto no salió tan bien parada.

Ahora debe de estar en el fondo del mar, toda oxidada, pasto de los peces.

Así que allí estaba yo, siguiendo desesperadamente a mi hermano, montaña arriba, peleándome con el sotobosque, y cada vez más mareado por la pérdida de sangre. No sé cómo me hice un corte tan profundo. Puede que fuera al caer de la moto, o cuando choqué con el árbol. O puede que me cortara con un maldito espino. Dios, os juro que odio esos arbustos, y esa montaña estaba llena de ellos.

El caso es que no paraba de sangrar. Luego los médicos me dijeron que si me hubiera cortado dos centímetros más a la izquierda, me hubiera seccionado la arteria femoral. Así es la vida, una ruleta rusa. Y yo esquivé la bala. Pero tal vez hubiera sido mejor morir. ¿Quién quiere pudrirse aquí, entre estas cuatro paredes, rodeado de tarados, fracasados y deshechos sociales?

- Tío, ¿nos estás insultando? –interrumpió Marko, ofendido.
- No hombre, está hablando en general –medió Byron.
- Este cabrón nos está insultando –insistió Marko-, y encima no ha contestado a mi pregunta.
- ¿Cómo? Me has preguntado cómo acabé aquí y te lo estoy contando. No escuchas.
- Sí, pero es como si me preguntas porqué estoy aquí y te digo: porque me detuvieron –dijo Marko con sorna-. Quiero saber qué hiciste.
- ¿Qué? Pues córtame antes, joder. Estás atontado.
- Creo que lo que intenta decir es que estás empezando la historia por el final –intervino Víctor.
- ¡No me jodas!, ¿y qué sugieres que haga, genio, que empiece por el principio? Seguro que eras el primero de tu clase.
- Vamos, tío, no la pagues con él –le aplacó Byron-. Sólo intenta ayudar.
- Está bien, os lo voy a contar todo desde el primer día. Prestad atención porque no voy a repetir nada. Y Víctor, si tienes una pregunta absurda, por favor, ahórranos la vergüenza.

Capítulo 2

A ver, ¿por dónde empiezo? Nunca sé por dónde comenzar a contar una historia. Si esto fuera una película seguro que sabría el momento perfecto en el que empezar, pero esas cosas sólo pasan en Hollywood.

Yo soy el pequeño de tres hermanos. Nací en 1998 y no, no fui el mimado de la casa. Seguro que estáis pensando que el hijo pequeño siempre es el mimado de la casa, pero en mi caso no fue así. ¿Sabéis por qué? Porque es la madre la que se encarga de mimar al hijo, mientras el padre se ocupa de dar por culo. Pero yo nunca tuve madre. Murió al nacer yo. Mi abuela solía decirme que de ese quirófano sólo podía salir uno de los dos, y que mi madre me quería tanto que se sacrificó por mí.

Ella es lo más parecido que tuve a una madre, pero la mitad del tiempo es una bruja. Aunque a veces se pone nostálgica por culpa de mi abuelo y en esos momentos casi parece un ser humano. Vale la pena aguantar unas cuantas collejas, porque cuando se pone triste le puedes sacar cuarenta o cincuenta euros.

Tengo una hermana seis años mayor que yo, Naira. Seguro que pensáis que era ella la que tenía que responsabilizarse de mí, hacer de madre. Pues no. Esa solo se preocupa de su ombligo. Se pasa todo el tiempo con sus amigas en el centro comercial, persiguiendo tíos. Es más fresca que el pescado por las mañanas. Cuando tenía 15 años le hicieron un bombo y ni si quiera supimos quién era el padre. Yo creo que iba tan borracha que ni sabía lo que hacía. Por lo que a mí respecta, el padre de la niña podría ser la mitad del barrio. Eso sí, a ella no se lo digas, porque entonces se pone digna y va dando portazos por toda la casa.

Martina es el amor de mi vida. Fue amor a primera vista. Un flechazo. Aún recuerdo la primera vez que la vi. Estaba en el nido, con ocho o nueve niños más. Pero yo sabía cuál era porque era la más bonita de todas. La enfermera salió al pasillo con ella, y como sólo estaba yo, me la puso en brazos. Recuerdo que le cogí una de sus manitas y era tan pequeña...

Dormimos todos en la misma habitación. Una habitación de doce metros cuadrados para seis personas. No hace falta que lo calcules, Víctor, ya te lo digo yo: dos metros cuadrados para cada uno. Somos como extranjeros en nuestro propio país. Un auténtico piso patera. Seguro que no os salen las cuentas. Sí, sí, habéis oído bien, seis personas: mis dos hermanos, Martina, el Tote y yo. El Tote es un pastor alemán de siete años. Se llama así por el rapero. Y el sexto es el novio de turno de mi hermana, que, según mis cálculos, en los últimos tres años habrán sido unos quince o dieciséis. Hemos tenido de todo: fumetas, pijos, frikis, puretas. Incluso un nazi que le ponía la cara como un mapa.

Eso sí, su rechazazo no le llegaba ni a las suelas al de mi padre. No me miréis así, mi padre es un hombre muy pacífico, lo que pasa es que cuando se toma una cerveza se convierte en experto en el kung fu del borracho. Todos hemos recibido alguna paliza suya, incluso el Tote. Sólo hay que procurar no cruzarse en su camino cuando viene del bar.

Yo creo que se le cruzaron los cables cuando murió mi madre. La quería

en la misma proporción en la que me odia a mí. Más de una vez me ha dicho que yo la maté, que yo no tendría que haber llegado al mundo. Pero no se lo tengo en cuenta porque yo le llamo hijo de puta siempre que no me oye.

En la habitación de matrimonio duermen mis abuelos. Mi abuela está bastante entera, ya os lo he dicho, pero a mi abuelo la vida le ha dejado al borde del K.O. Tiene demencia senil, Alzheimer, o yo que sé. El caso es que se pasa el día haciendo tonterías, como ducharse con el grifo de la cocina o acostarse en la cama de mi hermana cuando está durmiendo. Cuando estaba el nazi casi lo mata.

Y creo que ya está, ya os he hablado de todos. Ah, no, queda Paola, la asistente. Es una chica venezolana que ayuda a mi abuela a cuidar de mi abuelo. Le cambia los pañales, lo ducha, lo saca a pasear, y vigila que no se le vaya la pinza, en definitiva. La cuento como de la familia porque se acuesta con mi padre desde hace años, aunque él piensa que no lo sabemos, pero resulta bastante obvio cuando la ves por las mañanas haciendo cola para entrar al baño en ropa interior. ¿Cómo puede ser que mi padre siga disimulando? Creo que eso refleja su propia estupidez. Es algo así como cuando sabes desde hace tiempo que los Reyes son los padres y ellos siguen insistiendo, como si por el sólo hecho de decirlo, olvides todas tus pruebas, recogidas durante años, y te lo vuelvas a creer. En fin, nunca entenderé como funciona su cerebro. Creo que lo tiene medio consumido por el alcohol.

Y ahora sí que ya está, ya he dispuesto todos los elementos para comenzar a contar mi historia. Creo que no sabría decir el momento exacto en el que empezó todo. Sé cuándo me di cuenta de que algo no iba bien, pero me imagino que eso estuvo cociéndose durante varios meses. Todo tiene un proceso, pero nosotros no lo vimos venir, entre otras cosas porque mi padre nos tiene prohibido recoger la correspondencia. Es una chorrada, porque todos vivimos en esa casa, pero es así. Una muestra más de sus esfuerzos por ser el macho alfa.

El caso es que en mi casa nadie trabajaba. Mis abuelos cobran una pensión ridícula que no da para comer y pagar el piso. Mi hermana estaba en edad de trabajar, pero creo que el único trabajo para el que la contratarían es para hacer la calle. Aunque es demasiado tonta para cobrar por algo que hace gratis. Mi padre había sido mecánico en un pequeño taller de barrio, pero llevaba más de dos años en el paro. Por lo que he oído era un mecánico bastante del montón, por no decir otra cosa. No es que no supiera hacer su trabajo, simplemente tenía despistes. Pero eran despistes demasiado graves. No conozco el tema en profundidad, pero por lo que me dijo su antiguo compañero, hacía burredas como dejar frenos mal collados, sacar el aceite viejo del motor y olvidarse de reponerlo. Creo que os podéis imaginar bastante bien los líos que montaban los clientes, y con razón. En fin, no tardaron en echarlo a la calle.

Por lo visto el banco le tenía cogido por los huevos. Teníamos una de esas hipotecas blindadas. ¿Cómo que qué es eso? ¡Sois unos incultos! El precio de una hipoteca oscila dependiendo de los intereses que marca el banco

central europeo y en función de si sube o baja el Euribor. Es igual, lo único que tenéis que saber es que mi padre pagaba 804 euros cada mes aunque la gente no tuviera ni para comprar pan. Y eso, con su sueldo de mecánico y mientras estuvo cobrando el subsidio, le dejaba con unos 200 para fundírselos en el bar. Porque no os penséis que se dignaba a pagar los recibos y comprar comida, no. Si no fuera por mis abuelos hubiésemos estado comiendo del cubo de la basura de los vecinos.

Los problemas debieron comenzar cuando se le acabó el paro. Cuando dejó de pagar, el banco intentó ponerse en contacto con él, primero de buenas maneras, luego con salidas de tono y amenazas. Lo cierto es que yo llevaba días viéndolo abatido, con cara de tristeza, pero lo achacaba a que ya no tenía dinero para emborracharse. Nunca imaginé lo que se nos venía encima. Al fin y al cabo yo solo era un chaval.

¿Pero qué hago divagando de esta manera? ¿Qué cojones importa si empezó unos días antes o después? Lo que os interesa saber es el día exacto en el que nuestras vidas cambiaron. Y ese día lo recuerdo como si fuera ayer. Recuerdo que era un jueves de finales de febrero. En la calle hacía un frío de tres pares y en casa tirábamos de mantas y de contacto humano. Está claro que sin subsidio ni empleo, mi padre no podía permitirse calentar la casa. Sufríamos en nuestras propias carnes el término de moda de los telediarios de aquella época: pobreza energética.

Ese día tenía examen de matemáticas y digamos que lo único que estudié ese trimestre era la delantera Sheila, la chica que se sentaba dos mesas a mi izquierda. Esto no lo diría en mi barrio ni de coña, pero si soy sincero con vosotros, me gustaba ir a clase. Me encantaban la historia y el dibujo, y sobre todo me gustaba la profesora de inglés. Pero con las matemáticas no, con ellas no podía. Aparte del hecho de que no me entraban, ¿para qué demonios sirve la trigonometría en el mundo real? Aparte de para joder a los alumnos mediocres como yo, claro.

El tema es que no pensaba ir al examen para poner mi nombre y devolver la hoja en blanco. Hubiera sacado el mismo resultado que haciendo pellas, así que había planeado un día libre con Pau, mi mejor amigo. Por la mañana, después de comernos unos churros, íbamos a ir a jugar a la petanca con los viejos de la plaza. Luego, cuando sus padres se hubieran marchado a trabajar teníamos pensado pasarnos el día jugando al Fifa. Y por último íbamos a ir a comer al centro comercial, al restaurante en el que trabajaba Laia, la chica que le gustaba a Pau. Íbamos cada dos por tres a comer allí para que Pau pudiera tirarle la caña, aunque no había hecho grandes progresos. La chica siempre nos sonreía, pero porque estaba en su lugar de trabajo, si no yo creo que le hubiera mirado con cara de asco y le hubiera enseñado el dedo corazón. A parte del hecho de que era cuatro o cinco años mayor que Pau, digamos que ella jugaba en primera división y Pau estaba en regional. Además, las chicas así siempre están pilladas.

Seguro que os preguntáis como puede ser que, con la situación que estábamos viviendo, tuviera dinero para ir a comer a un restaurante. Eso es porque todavía no os he hablado de Pau. Habíamos ido juntos a clase

desde primaria, y siempre nos sentábamos juntos. Desde pequeño se pasaba el día en mi casa, y algunos días incluso dormía con nosotros en la famosa habitación de los doce metros. Esto se debe a que sus padres son de esos que se ocupan en un noventa por ciento del trabajo y en un diez de la familia. Nunca les veía el pelo. Y en mi casa nos tenía a mi hermano y a mí. Aunque mi padre y mi abuela no podían ni verlo. Bueno, en realidad mi abuela no puede ver a nadie y creo que mi padre proyectaba en él el odio que siente hacia mí. La máxima contribución que hicieron los padres de Pau en su educación era dejarle cada día diez euros en el recibidor, así que vivíamos como dos reyes. Pero eso nunca se lo dijimos a mi padre porque entonces se hubiera dedicado a quitarle el dinero, como un matón en el patio de un colegio.

Recuerdo que esa mañana había visto a mi padre apoyado en el lavabo, mirándose al espejo, con ojos llorosos y cara de desconcierto. Era como si no se reconociera a sí mismo. Ese día casi sentí un poco de lástima por él. Pero luego recordé la última paliza que me había dado y me puse a mear a su lado, sin mirarlo.

Luego descubrí porqué llevaba unos días tan raro. Estábamos atravesando la plaza Pau y yo, con sendas papelinas de churros. Los de Pau eran de chocolate y los míos normales. Quería mantener la línea para cuando reuniera el valor de pedir una cita a Raquel. ¿Ahora que huevos quieres, Víctor? No, lo de Sheila era una simple atracción física. A Raquel la quería de verdad. Estaba enamorado de ella desde cuarto de primaria. Si quieres una historia romántica vete a hablar con el de la celda de enfrente, está cargadito de amor.

El caso es que se nos estaba secando la boca con tanto churro, así que íbamos a comprar unas coca-colas al bar del "mohines" cuando oímos una algarabía desde diez metros de distancia. Tuve un mal presentimiento, sobre todo porque esa desagradable voz, ronca y violenta, me sonaba demasiado. Pau siguió caminando hacia el bar como si nada.

- ¿Pero qué haces? -le grité en voz baja- Ese es mi padre, como nos pille haciendo campana me mata.

- Es verdad -coincidió, aflojando el paso-, pero vamos a ver lo que pasa. A lo mejor lo inflan a ostias.

Así que nos acercamos dando un pequeño rodeo por detrás de un parterre con árboles, y nos parapetamos en la pared del bar, al lado de la puerta entreabierta, medio agachados, para que no nos pudieran ver a través de la ventana.

Creo que antes de continuar os voy a contar algo del "mohines". No tiene ninguna relevancia en la historia, pero en mi barrio es toda una institución y sería un crimen no darle un poco de cancha. Me da la sensación de que ese viejo, encorvado y mal carado, siempre ha estado ahí, detrás de la barra del bar La Brisca. Os juro que me apostaría la semanada de Pau a que cuando el hombre empezó a caminar sobre dos patas, ahí estaba el "mohines", para obsequiarlo con una cerveza rancia y una tapa de patatas al alioli.

Recuerdo que de pequeño siempre entrábamos a La Brisca, un local pequeño y mal ventilado, con el suelo lleno de mierda, de años sin barrer,

para pedirle un euro al "mohines" y comprarnos una bolsa llena de chucherías en la gitana de la esquina. Luego el "mohines" se lo cobraba a mi padre junto con la retahíla de copas que se tomara, y mi padre, en cuanto llegaba a casa me daba una patada en el culo. Yo al día siguiente volvía a pedir prestado, para joderle. Ese fue el procedimiento habitual hasta que mi padre tuvo alguna conversación con el "mohines", si es que mi padre es capaz de tener una conversación sin decir sólo monosílabos, y la actitud del viejo tacaño cambió. A partir de entonces se mostraba más reacio a darme dinero. Creo que siempre me decía la misma frase:

- El día que digas "buenas tardes" al entrar por la puerta, te daré un euro y no se lo cobraré a tu padre.

Entonces yo le enseñaba el dedo corazón y salía corriendo. ¿Qué gracia tenía pedirle dinero prestado si luego mi padre no se enteraba? En fin, no quiero ponerme nostálgico.

Estaba claro que ese día mi padre se estaba pelando con alguien. Notaba su nerviosismo en la voz. Tartamudeaba más de lo normal y no conseguía decir nada coherente. La curiosidad pudo más que el miedo y me incorporé un poco para mirar por la ventana. Dos parroquianos estaban cogiendo a mi padre, cada uno por un brazo. Tenía la camisa hecha un guiñapo, la cara roja como un tomate y la vena del cuello estaba a punto de salir despedida. En frente tenía a un hombre más joven, que yo no conocía, con gafas de culo de botella, que tenía un hilo de sangre debajo de la nariz. Estaba apoyado de espaldas contra la pared, totalmente intimidado, y también tartamudeaba.

Al final los amigotes de mi padre consiguieron calmar los ánimos y el tío de las gafas se dio a la fuga después de pagar la cuenta. Recuerdo perfectamente que estaba pensando cómo podía haber un hombre en el mundo que fuera más pringado que mi padre, cuando los del bar empezaron a hablar. Me volví a asomar y ya estaban todos sentados a la barra, con sus carajillos delante.

- ¿Qué cojones te pasa, Luis? -le espetaba el más veterano-. Llevas unos días que saltas con cualquier tontería.

- El dinero, ¿qué quieres que pase? -contestó este, mortecino.

- Pero si ya sabes que no tienes que pagar, maldita sea. Siempre te estamos invitando.

- No es eso, Justo, es algo mucho más gordo -dijo mi padre, empezando a alterarse de nuevo-. Puta hipoteca...

- ¿Qué quieres decir? -le preguntó Manolo, el del taller de ruedas contiguo a La Brisca.

- Que nos echan, joder, que nos vamos todos a la calle.

En ese momento me dio un vuelco el corazón. Pau me miraba cariacontecido, y yo no sabía qué hacer. Se me estaban llenando los ojos de lágrimas. Dentro del bar, las otras conversaciones habían muerto repentinamente y se había instalado un silencio tenso. Normal, supongo que nadie sabía que decir. Al final fue Justo el que rompió el hielo.

- Parece que te hayan hecho mal de ojo, Luis. ¿Y no puedes hacer nada? Intenta ir a la PAH esa, a lo mejor te dan buenos consejos.

- ¿Es que no me has oído? -dijo mi padre alzando la voz- ¡Nos vamos a

la calle! ¿Qué coño van a decir cuatro gilipollas que no tienen nada mejor que hacer? Esto no se arregla haciendo el paripé en la tele. No tenemos dinero y nos echan a la calle. Es así de simple.

- Pero hay muchas maneras de conseguir dinero –intercedió Manolo-. Mi primo conoce a un tío que tiene un amigo que compra coches de alta gama robados. Los desguaza en un taller de Santa Coloma y los vende por piezas en Europa.

- Sí, claro, y luego puede secuestrar a la hija del presidente –le interrumpió Patxi, un chico que iba a la clase de mi hermana y que se había echado a perder demasiado pronto-. Esos negocios son para profesionales, las mafias del este y todo eso. Lo que tiene que hacer Luis es algún trabajito de aficionado. Como la de entrar por la ventana.

- ¿A qué ventana te refieres? –le preguntó mi padre, frunciendo el ceño.

- Sí hombre, en la Mina hay una banda... ¿Cómo se llamaban?... ¡La banda del Golf! Se dedican a robar coches baratos por la noche, y los usan para reventar el escaparate de alguna tienda de joyas, o algo así. Una tienda de la que puedas sacar mercancía. Luego la vendes a alguien que se dedique a las joyas robadas y le das el dinero al banco.

Mi padre se quedó un momento pensativo, mirando al frente.

- Sí, claro, pero para eso tienes que conocer a alguien que mueva esa mierda...

- Precisamente –le interrumpió Patxi, sonriendo triunfalmente-, un amigo mío conoce a un tío que tiene un primo...

Mientras tanto, yo dejé de escuchar la conversación. Y me quedé allí, mirando al vacío, en estado de shock. ¿A la calle? ¿Cómo puede ser? Toda una vida... ¿Qué digo? La vida de siete personas, por la borda. Estaba sin palabras. Asusta pensar que tu vida, tu porvenir, no está en tus manos, sino en las de un hombre sin escrúpulos, con traje y corbata, que puede “cargarse” a una familia entera con sólo chasquear los dedos.

Pau, a mi lado, me miraba con preocupación pero en silencio, respetando mi momento, hasta que una de las voces de dentro del bar se oyó mucho más fuerte de lo normal: alguien salía a fumar. Pau me cogió por la manga y me sacó a rastras de allí. Empezamos a correr y no paramos hasta llegar al centro comercial.

El resto del día está como borroso, difuso. Estuve todo el rato ausente. Supongo que no fui una buena compañía, ¿pero qué queréis? ¿Os imagináis que un buen día os dicen que no tendréis donde caer muertos?

En fin, esa noche...

¡Un momento! Sí que hay algo importante, ahora me acuerdo. Eran las cinco o las seis, estaba oscureciendo. Pau se acababa de marchar y me quedé solo, sentado en un banco de la plaza, delante de mi casa. Estaba inmerso en mis pensamientos cuando alguien me tapó los ojos por detrás. La verdad es que ese día no estaba para tonterías, pero en seguida noté dos bultos en mi espalda, blandos y rígidos a la vez, y de golpe me sentí un poco más animado: era una chica.

- ¿Quién soy?

- Muy fácil –mi voz acababa de subir tres octavas. ¿Por qué diablos me pasará cada vez que hablo con ella? ¡Me hace parecer gay!-. Eres Raquel. Te he conocido por la voz.

- La próxima vez pondré una voz ridícula, a lo Carmen de Mairena –dijo ella, simpática, sentándose a mi lado- ¿Qué haces?

- Mira... -respondí, sin saber que decir- ¿Y tú?

- Acabo de llegar del atletismo. ¿Qué te cuentas?

Me limité a encogerme de hombros. Tenéis que saber que siempre me ha costado hablar con las chicas. Me quedo ahí, embobado, con la mente en blanco. No sé por qué, pero me pasa. Aunque creo que ahora que estoy aquí encerrado, si viera a una chica se me quitarían todas las tonterías. El caso es que la mayoría se piensa que soy medio gilipollas y me dejan por imposible. Pero Raquel no, ella era diferente. Siempre que hablaba con ella hacía alguna tontería o decía alguna estupidez. Siempre quedaba en ridículo, pero al día siguiente intentaba hablar conmigo de nuevo. Recuerdo que pensaba cómo podía ser que no se diera cuenta de lo insignificante que yo era.

- Nunca te cuentas nada –me recriminó, riéndose-. ¿Estás bien? Te veo triste.

- Nos echan a la calle –dije demasiado rápido como para que se me entendiera.

- ¿Cómo?

- Nos van a desahuciar –dije más despacio, esforzándome por controlar ese cosquilleo en el estómago.

- ¡no me digas! –dijo ella, horrorizada- Lo siento mucho, Yeray.

Entonces ocurrió lo más maravilloso que me había pasado en la vida. Me abrazó. Me abrazó con fuerza, cariñosa, sentidamente. Yo solo podía pensar en lo increíble que era estar tocando su cuerpo, su pelo rozando mi cara. Algo cosquilleaba en mi pecho, por detrás del esternón, cuando me di cuenta de que estaba teniendo una erección.

De golpe me puse muy nervioso. Empecé a sudar. Bajo ningún concepto podía darse cuenta. Si lo hacía, estaba perdido. Entonces sí que dejaría de hablarme para siempre. Pero si me levantaba, ¿cómo no iba a darse cuenta? Joder, parecía que mis pantalones iban a estallar. Creo que me separé, incómodo, y ella se quedó un poco descolocada, pero a mí sólo me preocupaba que Raquel no mirara hacia abajo, así que cruce una pierna por encima de la otra, pareciendo todavía más gay. Estaba maldiciéndome a mí mismo cuando ella volvió a hablar, mientras se levantaba.

- Creo que necesitas estar sólo, te dejo. Pero si necesitas hablar puedes llamarme en cualquier momento. ¿Tienes mi número?

Negué con la cabeza. Raquel me pidió el móvil y guardó su número en mi agenda. Mientras la veía marchar, desbloqueé rápidamente el móvil y busqué su número. Había escrito su nombre de forma peculiar, con las consonantes en mayúscula y las vocales en minúscula. Suspiré como un estúpido, todavía más enamorado, y me fui a casa como flotando. Me había abrazado. ¡Y tenía su número! No sólo eso, podía llamarla cuando quisiera. Todavía no me lo creía.

Ahora que lo pienso, es extraño que fuera tan feliz cuando un día cualquiera toda mi familia se quedaría sin casa. El amor es así, una venda que no te deja ver nada más. En cierta manera, el amor te hace ser más egoísta.

Es extraño lo largos que son los momentos tristes y lo efímeros que son los felices. Media hora después de subir a casa, se me borró la sonrisa de golpe: mi padre anunció su entrada con el característico portazo y se presentó en el salón, un poco tambaleante. Tardó un minuto en abrir la boca, mientras recorría el salón con la mirada.

- ¿Dónde está tu novio? –preguntó dirigiéndose a mí.
- No soy gay, papá –respondí cansinamente-. Está en su casa.
- ¡Hay que joderse! Para una vez que le necesito y es el único día que no se queda a dormir. Ya le estás llamando. Y dile que venga cagando hostias.
- ¿Pero qué pasa, papá? –preguntó mi hermano Kevin- ¿A dónde vamos?
- Pues hay un tío que conoce a un primo... bueno, no sé muy bien cómo va, pero tenemos que hacer la de la ventana.

Capítulo 3

A las doce en punto salimos todos de casa. Mi padre, que ha visto muchas películas, se empeñó en que saliéramos a esa hora, "ni un minuto antes". ¿Qué más da cometer un delito cinco minutos antes o después? Yo sabía que era el que más nervioso estaba de todos. Pero supongo que la desesperación tiraba mucho.

Por mi parte, yo estaba bastante tranquilo. No sé mucho sobre leyes y derechos, pero sí tenía claro que si me pillaban, el problema más grave lo tendría mi padre. También ayudaba el hecho de que estaba en una nube desde mi encuentro con Raquel. Ay, el amor... qué estúpidos nos hace. Para esa noche mi padre nos había reclutado a mi hermano Kevin y a mí, a mi mejor amigo Pau, y a Carlos, el nuevo novio de mi hermana, que llevaba con ella una semana y, que según mis cálculos, milimétricos, les quedaban otras dos. Carlos era un maldito yonki. Para que os hagáis una idea era una especie de Neng de Castefa pasado de vueltas. Yo no confiaba nada en él, pero el genio de mi padre prefería cantidad que calidad.

Antes de ponernos en acción hicimos una pequeña reunión delante de nuestra portería. De lo más cotidiano. Estoy seguro de que si en ese momento hubiera pasado un poli, no hubiera sospechado de nosotros, para nada.

- Recordad, tiene que ser un coche antiguo –nos aleccionaba-, de los de dos letras. Vosotros encargaos de abrirlo y yo lo pondré en marcha. Y poneos los pasamontañas.

- ¿Tú qué harás? –preguntó mi hermano, que nunca ha tenido miedo de cuestionarle.

- Yo vigilaré que no venga nadie. Vamos a ver, Kevin y Yeray buscaréis por la izquierda, y Pau y... ¿tú cómo coño te llamas?

- Carlos.

- Pues venga, moved el culo.

Así que ahí estábamos mi hermano y yo, en un descampado, congelados en mitad de la noche, buscando un coche con el que poder hacer un alunizaje. Era esperpéntico. Mi padre nos había obligado a vestir de negro, con pasamontañas también oscuros, para que no nos pudieran ver de lejos. Aunque mi hermano se puso unas bambas blancas porque no las tenía de otro color, y cantaba más que un sin techo en un hotel. Pau, como no los tenía de otra clase, se trajo los guantes de fregar de su madre, de color verde oscuro. Estaba ridículo. Yo llevaba un paquete de bolsas de basura de las grandes, para poder meter las joyas.

- ¿Por qué estás tan contento? –me preguntó Kevin cuando nos quedamos solos, rompiendo el silencio.

- No sé qué quieres decir.

- No te hagas el tonto, que nos conocemos –insistió mientras inspeccionaba la hilera de coches aparcados.

- No sé... –nunca se me ha dado bien hablar de mis sentimientos, aunque mi hermano siempre se las ingeniaba para hacerme hablar, así

que...- he hablado con ella.

- Y qué, ¿ya se lo has dicho? –preguntó con sorna- ¿Te has arrodillado y le has declarado tu amor?

- No seas capullo.

- Mira, Yeray, las chicas, sobre todo las que son como la tuya, siempre tienen una cola enorme de pretendientes. Quiero decir que tienen dónde elegir. Así que si quieres hacerte con ella, has de tener un plus. Y si no tienes un plus... –continuó después de mirarme de arriba a abajo- más vale que te espables.

- ¿Qué has querido decir con eso de las chicas como Raquel?

No hubo respuesta. Un estrépito de cristales inundó el descampado, interrumpiendo la conversación. Mi hermano y yo, en un acto reflejo, nos tiramos al suelo y nos escondimos detrás de un Polo. Tanto él como yo respirábamos vehementemente. Tras unos segundos mirándonos, en silencio, oímos la ronca voz de mi padre. Estaba cantándole las cuarenta a Carlos, así que nos acercamos, mirando alrededor.

Estaban delante de un Panda azul oscuro más viejo que el cagar. Tenía la luna delantera agrietada, pero seguía firme. Encima del capó aboyado, una roca enorme de unos cinco o seis kilos.

- ¡La madre que te parió! ¿no ves que no puedes romper la luna delantera? Es de vidrio laminado, tonto del culo.

- No me burches más, joder, ¿yo qué sabía? Sólo has dicho que tenía que ser antiguo.

- Bueno, pues rompemos la de la puerta –sugirió Pau.

- Tú no te metas, bujarra, ¿para qué queremos un puto Panda con la luna destrozada? Para ver por dónde vamos tendríamos que sacar la cabeza por la ventanilla. Además, ¿tú crees que ahí cabemos cinco personas? Si sólo con tu culo gordo ocuparías todo el asiento de atrás. Nos quedamos todos callados, esperando que se acabara la reprimenda, y eso le cabreó todavía más. Mi padre es así. Hagas lo que hagas, sólo conseguirás enfadarlo más.

- ¿A qué coño esperáis? –dijo dirigiéndose a mi hermano y a mí- Id a buscar un coche grande.

Nos pusimos en marcha, con Pau y Carlos detrás de nosotros, pero mi padre le pegó una colleja a este que casi le arranca la cabeza.

- Tú te quedas conmigo, joder, vas a conseguir que nos encierren a todos.

Al final encontramos un Mondeo blanco, de unos veinte años. Era bastante grande, así que nos decantamos por este. Mi hermano cogió una piedra del tamaño de una manzana y golpeó la ventanilla del conductor con ella. Después de limpiar el borde de cristales con la misma piedra, abrió la puerta. Mi padre llegó dando grandes zancadas y se sentó en el asiento del conductor, encima de los cristales.

- Ya era hora, coño.

Ya lo veis, mi padre nunca ha sido de decir alabanzas. Siempre puedes hacerlo mejor, más rápido. Me acerqué un poco más para poder ver lo que hacía y para cuando me di cuenta ya había sacado cuatro cables del bombín. Después de pelarlos, empezó a jugar con ellos, juntándolos de

dos en dos, hasta que en una de las combinaciones, se encendieron las luces de contacto. Los enrolló entre sí y luego juntó uno de los dos cables que quedaban sueltos y se escuchó el ruido característico del coche arrancando. Hacer un cambio de aceite no, pero hay que reconocerle que los puentes los hace de puta madre.

Entonces salió del coche y se encaminó a la puerta del copiloto, dirigiéndose a Carlos:

- Tú conduces.
- ¿Qué? ¿Por qué yo?
- Porque el chófer siempre es un mandado. ¿Tengo cara de ser un jodido mandado?
- No señor.
- Pues date prisa, hostias.

Con lo que mi padre no contaba es que esa tarde, Carlos se había puesto hasta el culo de cerveza y porros. Me imagino que le daba vueltas la cabeza, porque ni si quiera se dio cuenta de que el coche tenía las ruedas giradas. Cuando nos subimos todos, puso primera y soltó el embrague de golpe, dando un bandazo hacia la derecha. Chocamos con el coche de al lado, hundiendo todo el lateral del Mondeo.

Todos esperábamos que mi padre estallara, pero al parecer se estaba controlando bastante bien. Se limitó a taparse la cara con la mano, negando con la cabeza.

- Baja del coche –dijo en voz baja, sin mirarlo.
- Pero tío...
- ¡Fuera de aquí, maldito inútil! –gritó con todas su fuerzas.

Carlos, del mismo susto, abrió la puerta y cayó de culo al suelo de tierra encharcado del descampado. Aún recuerdo su cara de fumeta flipado. Ay que ver, ¿de dónde sacará mi hermana a esos capullos?

- Conduces tú, Kevin.
- Pero si yo no sé conducir –protestó mi hermano.
- No digas tonterías, es como conducir una moto.
- Yo creo que no –insistió, asustado.
- Ya basta de gilipolleces –explotó mi padre, cogiéndolo por la camiseta-, yo te diré lo que tienes que hacer, joder.

Mi hermano se bajó, con muchas dudas, y se montó en el asiento del conductor. Nos marchamos dejando a Carlos en el suelo, como un pasmarote. En fin, así fue como hicimos nuestro primer alunizaje. Tres chavales asustados y un cacique loco. Mi hermano era la primera vez que conducía un coche y está claro que él tenía razón, no se parece en nada a una moto. Para empezar, en una moto desembragas y frenas con las manos, mientras que en el coche lo haces con los pies. Además, en una moto cambias de marcha por instinto. Te guías por tus sensaciones, lo que oyes, lo que sientes. En el coche es más difícil escuchar el motor, así que te tienes que guiar por un cuadro que te indica a cuantas revoluciones vas, y tienes que saber el punto en el que cambiar de marcha.

¿Sabéis cuando alguien conduce por primera vez y el coche empieza a dar botes descontrolados? Pues así es como fuimos todo el camino hasta la rambla Guipúzcoa. Mi hermano seguía insistiendo en que condujera mi

padre y mi padre seguía insistiendo en que mi hermano se callara. Al final Kevin se medio acostumbró y comenzó a conducir mejor. La idea de mi padre era atracar una de las joyerías de la Guipúzcoa, ya que había varias. Recorrimos la rambla de norte a sur, y vuelta, tres o cuatro veces, inspeccionándolo todo. Mi padre no acababa de decidirse, estaba acojonado.

Más o menos a la mitad de la Guipúzcoa hay una comisaría, así que al final nos decidimos por la joyería que quedaba más lejos de esta. Pero había un problema: justo al lado estaba el Otra Ronda, un bar de copas, que a esa hora estaba repleto de estudiantes, haciendo una parada técnica antes de ir a alguna discoteca de la zona. Mi padre hizo que mi hermano se parara, cruzado en mitad de la calzada, mirando hacia el escaparate de la tienda. En la acera, un grupo de jóvenes, que había salido a fumar, nos miraba entre sorprendidos y jocosos. Yo me iba poniendo rojo por momentos. Es algo que siempre me pasa cuando paso vergüenza, y que me da mucha rabia porque no tengo ningún control sobre ello.

- Pon primera y acelera rápido.
- Pero, ¿estás de coña? –le espetó Kevin con una voz cómica, producida por los nervios- ¿Es que no ves a toda esa gente?
- Están borrachos, tira.
- Tú sí que estás borracho...

Mi padre le soltó un guantazo con el dorso de la mano en la parte derecha de la cara. Mi hermano se quedó doblado, con la cabeza asomando por la ventanilla rota, por la inercia del impacto. Creo que si no hubiera llevado el cinturón, la habría atravesado. Tenía la oreja al rojo vivo y parecía aturdido.

- ¡No le pegues! –grité desde el asiento de atrás, fuera de mí.
- Tú te callas, inútil –dijo con la voz temblando de rabia. Se había girado bruscamente y me había agarrado por la camiseta, acercando su apestosa cara a la mía. Su barba de más de dos meses raspaba mi rostro imberbe-. Te he traído aquí para que aguantes las bolsas mientras nosotros metemos las joyas. Nada más. No quiero que hables, no quiero que pienses, ni me mires a la cara. Si la cagas te juro por lo que más quieras que convertiré tu vida en un infierno.

Estas situaciones me ponen muy nervioso. Os prometo que siempre intentaba no mostrar miedo, pero era algo que no podía evitar. Jadeaba como si acabara de echar una carrera. Mi cuerpo temblaba descontroladamente. Quería responderle, decir algo mordaz. O decir algo, lo que fuera. Pero siempre se me ocurren las respuestas cuando ya ha pasado el momento. Maldita sea, ¿Por qué seré tan lento?

- Kevin, pon primera.

Mi hermano obedeció esta vez, supongo que para que se olvidara de mí, pero levantó el pie del embrague demasiado rápido y el coche se caló. Esta vez mi padre perdió los nervios de verdad.

- ¡Joder! –gritó con todas sus fuerzas, golpeando la guantera con ambas manos. Se quitó el cinturón en un gesto torpe y de fuerza desmesurada, abrió la puerta de un empujón y dio la vuelta al coche despotricando. Mi

hermano, viéndolo venir, se bajó del vehículo y salió corriendo hacia el bar. Mi padre se montó en el asiento del conductor y arrancó- ¿Es que siempre tengo que hacerlo todo yo? ¡La madre que os parió!

Se puso en marcha violentamente, con las ruedas derrapando en el asfalto, produciendo un ruido que provocaba dentera. El impacto con el escaparate fue brutal. Pau y yo, en el asiento de atrás, hubiéramos salido disparados de no ser por los cinturones de seguridad. Aunque el choque fue implacable, la luna no acabó de ceder del todo, así que mi padre tuvo que dar marcha atrás y hacer varias intentonas más. A cada colisión, el grupo del bar, cada vez más numeroso gritaba un "oooo" al unísono, parecido al de las corridas de toros, o al de los partidos del Calcio italiano.

Finalmente, a la cuarta colisión, el cristal se hizo añicos y el coche quedó parado en mitad de la tienda. Mi padre intentó ponerlo en marcha de nuevo pero fue imposible. Tantos golpes en la zona del motor habían dejado el vehículo inutilizable.

- Mierda –renegó mi padre, bajando del coche-. La próxima vez haremos la entrada marcha atrás.

- ¿Cómo que la próxima vez? –dijo Pau, asustado. Yo no me atrevía a hablar.

- Calla y meted las joyas en las bolsas, rápido.

Durante cinco minutos que me parecieron eternos, nos dedicamos a romper todos los mostradores con unas palancas que habíamos traído para la ocasión, y a meter las joyas en esas enormes bolsas de basura. Me sentía extraño. Más que por la situación, el robo y demás, por toda la gente que nos miraba desde la acera como si de un espectáculo se tratase. Me desplazaba con movimientos torpes y me costaba que mi cuerpo hiciera lo que mi cerebro ordenaba. Supongo que eso era lo que llaman el miedo escénico.

- ¿Cómo vamos a huir si no tenemos coche? –preguntó Pau.

- ¿A qué hora cierra el metro?

Pau y yo nos miramos atónitos, sin saber que decir. Una vez hubimos limpiado la tienda, salimos corriendo los tres hacia la parada más cercana, seguidos por la ovación de los estudiantes.

Y creo que ya está, eso fue todo esa noche. No fue el robo más espléndido de la historia, pero hay que reconocer que tuvimos éxito. El viaje a casa lo hicimos callados, sentados en unos asientos laterales. Recuerdo que no nos acordamos de quitarnos los pasamontañas hasta al cabo de tres paradas. Justo en los asientos de enfrente teníamos a una pareja de ancianos que no podían apartar la vista de nuestras caras encubiertas. Debían de estar alucinando, pobres. Mi padre iba medio doblado, con los antebrazos apoyados en las rodillas, y asiendo con fuerza las bolsas de basura, mirando con cara de pocos amigos a todo el que cruzaba el vagón. Creo que si hubiera pasado una niña con uniforme de colegio y una piruleta en la boca, también habría sospechado de ella. El pobre hombre es un neurótico. Pau y yo estábamos inmersos en nuestros pensamientos. Pau supongo que alucinando por todo lo que había pasado y lo rápido. Yo

sólo podía pensar en Raquel.